

tía á la independencia nacional, que estaba dispuesto á sacrificar á su loca ambicion.

§. III.—El Pontificado.

N.º 1.—*La política de los Papas.*

En el siglo XVI los papas tienen todavía una política, intervienen en las guerras de los reyes; esto es señal de que aún les queda alguna vida. Hoy el silencio de las tumbas reina donde en la Edad Media rebotaba la vida; preguntar en el siglo XIX cuál es la política de los papas, sería una amarga irrisión. La irremediable decadencia de la Roma cristiana tiene su principio en la monarquía universal, que había querido establecer so color de religión. En el siglo XVI los papas se seguían llamando, juntamente con los emperadores, los jefes de la cristiandad; pero estas eran palabras vacías de sentido, una vana sombra de un glorioso pasado. Los reformadores batieron en brecha el poder espiritual de aquél que pretendía ser el vicario de Dios; en cuanto á su poder temporal, hace ya largo tiempo que no se trataba de él más que en los libros de los canonistas. En el siglo XVI las naciones reinan y luchan entre sí; por mejor decir, reinan y luchan los príncipes que las representan, aunque imperfectamente. Hay tendencia á reconstituir la unidad bajo la forma de monarquía universal; hay oposición instintiva de las nacionalidades contra estas ambiciosas tentativas; hay, sobre todo, un movimiento general de los Estados para engrandecer su poder. ¿Cuál es el papel de los papas en esta confusión de ambiciones que se cruzan y se entrecrocán? Poder del pasado, é inmutable por su naturaleza, el pontificado debía ser partidario de la conservación de la unidad, tal cual se había desarrollado en la Edad Media. El protestantismo amenazaba destruir la unidad católica; los papas le hicieron una guerra á muerte. No retrocedieron ante nada; las hogueras, las conspiraciones, la muerte misma, todos los medios eran lícitos á sus ojos, cuando se trataba de la causa de Dios, es decir, de su dominación. Para combatir la Reforma, se vieron obligados á apoyarse en los príncipes que se habían puesto á la

cabeza de la reacción católica. La casa de Austria, confundiendo sus intereses con los de la antigua religión, quería levantar una monarquía universal sobre los fundamentos del catolicismo. El objeto del Papa y el del Emperador eran los mismos; pero el interés del Soberano Pontífice, como jefe de los Estados romanos, se encontraba en colisión con sus intereses como jefe de la cristiandad. Si el emperador llegaba á ser señor de Italia, el papa corría el riesgo de descender al papel de capellan. De aquí, una sorda oposición de los papas contra los proyectos que tendían á restaurar el imperio. Bajo este punto de vista, la posición del papa no difería en nada de la de los reyes de Francia y de Inglaterra. El interés político era tan vivo, que triunfó más de una vez sobre las pasiones religiosas; hubo ocasión en que el vicario espiritual de Jesucristo se opuso al vicario temporal en la lucha que uno y otro sostenían contra los protestantes.

Enemigos de todo poder que comprometiese su soberanía italiana, parecía que los Papas debían ser partidarios de las nacionalidades contra la casa de Austria; pero su título de jefes espirituales de la cristiandad no les permitía pronunciarse abiertamente por un movimiento que en el fondo era protestante, y en el cual estaban comprometidos en primera línea Estados afectos á la reforma. En definitiva, ni los papas del siglo XVI, ni los príncipes seculares, tuvieron una política fija, y en realidad esto era imposible; por una parte, la tradición, tan poderosa en el seno del catolicismo, los ligaba á la unidad de la Edad Media, en la que el Emperador figuraba á su lado como señor del mundo; por otra parte, el interés político, más fuerte que el dogma, les hacía temer un protector que podía convertirse fácilmente en señor. ¿Qué hicieron los Papas? Al parecer, mantuvieron la teoría de la unidad cristiana; en realidad, se gobernaron según el interés del momento, y se mostraron tan ambiciosos por extender su dominación temporal como los príncipes de la tierra.

Los ultramontanos celebran á los Papas como los defensores de la libertad y de la independencia de la Italia. Oigamos al más profundo de los políticos italianos; Maquiavelo nos enseñará lo que debemos pensar de la influencia del pontificado sobre los destinos de su patria: «Nosotros los Italianos, dice, debemos en primer

lugar á la Iglesia y á los sacerdotes el ser impíos y corrompidos; los pueblos que más se relacionan con la Iglesia romana son los que tienen menos religion. En segundo lugar, le debemos otra cosa más grande y que es la causa de nuestra ruina, y es el que la Iglesia ha tenido y tiene dividida á la Italia. Ningun país ha sido poderoso y feliz, á menos de estar reunido por completo bajo las leyes de una república ó de un príncipe, como ha sucedido á Francia y España. La causa por que Italia no está en estas condiciones y no ha podido ser reducida al gobierno de una república ó de un príncipe, es únicamente la Iglesia. Habiendo usurpado el poder temporal, no ha sido ni bastante fuerte, ni bastante emprendedora para ocupar el resto de Italia y hacerse señora de ella; por otra parte, no ha sido tan débil que no haya podido llamar en su auxilio las potencias extranjeras contra las nacionales, como se ha visto antiguamente, cuando por medio de Carlo-Magno arrojó á los Lombardos, que eran ya casi señores de toda la Italia, y en nuestros días, cuando quitó el poder á los Venecianos con ayuda de los Franceses, para lanzar á los Franceses con ayuda de los Suizos. La Iglesia, no habiendo sido capaz de ocupar la Italia, y no habiendo consentido que otro la ocupase, ha sido causa de que ésta no haya podido darse un jefe, sino que haya caído bajo varios príncipes y señores; por donde ha llegado á tal grado de division y de debilidad, que ha llegado á ser la presa, no solamente de los bárbaros conocidos, sino de cualquiera que se ha tomado el trabajo de atacarla. Esto es lo que debemos á la Iglesia y á nadie más» (1).

Maquiavelo era contemporáneo de aquel papa á quien los historiadores suelen presentarnos como el patriota italiano por excelencia. Julio II, pontífice guerrero y político, se atribuía la mision de arrojar á los bárbaros de Italia (2). Supongamos que hubiese conseguido arrojar á los franceses, ¿que hubiera ganado la independencian italiana? La situacion hubiera seguido siempre tal cual la ha trazado el gran político de Florencia con un rigor matemático. Los papas están condenados por la fuerza de las cosas á

(1) MACHIAVELLI, *Discorsi*, lib. I. (*Opera*, t. III, p. 258, ed. d'Italia.)
 (2) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, lib. IX, c. 2.

ser un obstáculo á la unidad de Italia. Julio II tenía una pasion más fuerte que su odio contra los bárbaros; queria extender el poder temporal de la Santa Sede; pero como el pontificado no podia dominar jamás sobre toda la Península, la Italia y sus papas caian en este terrible círculo tan fatal, tan inmutable como los círculos del infierno del Dante. ¿Puede celebrarse á Julio II como un patriota italiano, cuando se le ve hacerse cómplice de la Liga de Cambrai, verdadera alianza de bandidos, contra Venecia, baluarte de Italia? Él mismo conocia que era un singular medio de libertar á la Italia de los bárbaros el llamarlos á ella para despojar á una república italiana; hubiera querido volver atras (1), pero la ambicion del sacerdote triunfó sobre los sentimientos del patriota. La espoliacion se verificó, y la Santa Sede tuvo en ella gran parte. Julio II quedó satisfecho; pero ¿qué fué del designio de arrojar á los bárbaros? El papa se coaligó con los venecianos contra los franceses; contaba en seguida con librarse de los españoles con ayuda de los suizos. ¡Proyectos fantásticos! Si realmente el papa hubiese tenido el patriotismo italiano que se le supone, hubiera debido empezar por aliarse con Venecia, para apartar á los bárbaros de Italia. Una vez que los extranjeros pusieron el pié en ella, los papas trataron en vano de expulsarlos; no tenían fuerza contra los franceses más que apoyándose en España, y no podian atacar á la España, más que apoyándose en la Francia. El gran designio de librar á la Italia de los bárbaros condujo á establecerlos en ella para siglos.

Julio II estaba por encima de los demas papas de su tiempo por su desinterés. Sixto IV, Alejandro VI y casi todos los papas del siglo XVI, no pensaron más que en procurar principados á sus sobrinos ó á sus bastardos, al paso que Julio II no tuvo presente más que el poder de la Santa Sede. ¡Pero cuán mezquina es esta

(1) P. BEMBUS, *Histor. Venetæ*, lib. VII: «*Confecto fœdere Julius tametsi cupiditate ferebatur Arimino Faventiaque potiendi, quia tamen et Gallorum regem magnæ per se potentie, multo majorem suo permissu fieri nolebat, et cum illam nationem, tum Germanicæ populos in possessionem Italiae venire, optimæque ejus partis atque populosisimæ dominos fieri, sibi reliquisque Italis detrimentosum existimabat futurum, ut ab illis Venetos opprimi sineret adduci prope non poterat.*»

ambicion cuando se la compara con los gigantescos designios de los papas de la Edad Media! Los Gregorios, los Inocencios, no olvidaron jamás que eran los jefes espirituales de la cristiandad; la dominacion temporal no era para ellos un fin, sino un medio. Gregorio VII, arrojado de Roma, y muriendo en el destierro, es mil veces más grande que Julio II cubierto con el casco y subiendo al asalto. En el siglo XVII, los papas no son más que pequeños príncipes italianos, ocupados unos en ensanchar sus Estados, éstos son más bien reyes que pontífices; los otros en establecer á sus sobrinos, y éste es el mayor número. Los hombres más eminentes, tales como Lorenzo de Médicis, consideraban como un deber para los papas el cuidar ante todo de los intereses de su familia (1). No pudiendo transmitir su dignidad á sus parientes, trataban de hacerlos poderosos y ricos. «Esto era, dice un enviado veneciano, una causa incesante de guerras y de trastornos.» Los papas no podían fundar principados para sus sobrinos sin despojar á los que estaban en posesion de los codiciados dominios; y como el pontificado pasaba, despues de un corto reinado, de una casa á otra, era preciso verificar inmediatamente aquella obra de violencia, sin respeto alguno á los derechos adquiridos, sin que hubiese medio de compensar las pérdidas de aquéllos á quienes se desposeia; era preciso trastornarlo todo para satisfacer la ambicion de cada pontífice. «No hay un solo Estado en esta pobre Italia, exclama *Navagero*, que no haya sido desgarrado y desmembrado por la avaricia siempre renaciente de los papas» (2).

Los papas usaban y abusaban de su influencia espiritual, para contentar aquella miserable ambicion que degradaba á los sucesos-

(1) Véase la carta de Lorenzo de Médicis á Inocencio VIII, en RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 45.

(2) NAVAGERO escribe en 1551: «*Il quale desiderio ha travagliato e travaglierà sempre questa povera Italia; perchè non essendo i pontefici romani naturali ed ereditari, ne potendosi con poco tempo acquistare e stabilire un nuovo stato, come disegnano per gli suoi, è necessario che mettano sotto sopra il mondo, facendo lega, ora con questo, ora con quell'altro principe, per giungere per questi mezzi, non potendo per altro, al loro fine, che è di lasciare i suoi non privati, come erano avanti il loro pontificato, ma con grandezza e con stato nuovo, il che non si può fare, senza far torto ad altri. Non vengo a particolari esempi, perchè qualche povera repubblica d'Italia e qualche altro stato ne porta ancora squarciato il volto.*» (ALBERI, *Relazioni*, II, 3, p. 376.)

res de San Pedro rebajándolos al nivel de los pequeños tiranos de Italia. Su *santidad* ponía á los jefes de la cristiandad al abrigo de toda guerra ofensiva. «Saben, dice *Guicciardini*, que no se les puede atacar sin cubrirse de vergüenza, y sin levantar á los demás príncipes en favor de la Santa Sede. Pueden, por el contrario, hacer impunemente la guerra á sus enemigos; si vencen, se aprovechan de la buena suerte; si son vencidos, no tienen nada que perder, porque si el vencedor quisiese aprovecharse de su victoria á costa de la Iglesia romana, se atraeria el odio de los fieles, y si él mismo era creyente, temeria exponerse á la venganza de Dios» (1).

La credulidad de los pueblos y de los príncipes era una excelente mina que explotar; los papas no dejaron de hacerlo. Se atrevieron á poner los rayos de la Iglesia al servicio de su ambicion temporal: todos aquéllos que, fuertes en su derecho, se oponian á las usurpaciones de los vicarios de Cristo, eran denunciados ante la cristiandad, anatematizados como enemigos de Dios. No sabemos lo que se debe admirar más, la impudencia de los sacerdotes que pretenden cerrar las puertas del cielo á los que se resisten á sus iniquidades, ó la ceguedad de los pueblos que se obstinan en reverenciar el poder divino de aquellos que se burlan tan indignamente de su fe. Julio II, el papa patriota, al declararse partidario de la Liga de Cambrai, fué más criminal que sus aliados, excomulgando á los venecianos, permitiendo atacarlos y reducirlos á servidumbre (2). ¡Así el papa queria hacer á Dios mismo cómplice de un acto de bandolerismo! Esta era una práctica habitual de la corte de Roma; aquella Santa Sede, que se llama la guardadora del derecho y de la moralidad, consagraba la fuerza bruta por su autoridad divina, en cuanto su interes político lo exigia. Fernando de Aragon se apoderó de Navarra. ¿Cuál era su título? No

(1) Estas son las palabras de NAVAGERO, el enviado veneciano (ALBERI, *op. cit.*, p. 407) y de GUICCIARDINI, el célebre historiador (*Historia de Italia*, lib. IV, c. 5).

(2) Los historiadores católicos, en su amor á la verdad, tienen buen cuidado de no hablar de esta cláusula de la bula; GUICCIARDINI la ha transmitido á la posteridad para eterna vergüenza de los papas (GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, 4, § 135, nota e).

tenía otro más que una bula de excomunión lanzada por Julio II contra el rey de Navarra. ¿Y por qué el papa entregó este reino como presa al ambicioso español? Porque su rey era aliado de Luis XII (1). ¡He aquí la política pontificia al principio de la edad moderna! Es el abuso de lo más sagrado en favor de una culpable ambición.

N.º 2.—*El pontificado en la lucha de Francisco I y de Carlos V.*

I.

El historiador de Leon X dice que quería establecer la paz entre los príncipes cristianos con el fin de unirlos contra los infieles; que, como príncipe italiano, se proponía, lo mismo que Julio II, libertar á la Italia de los bárbaros; que si intervino en las guerras y los tratados de Carlos V y de Francisco I, fué por contrapesar su poder, á fin de que ninguno de ellos adquiriese una preponderancia peligrosa á los demás Estados (2).

El escritor inglés ha juzgado á Leon X según sus palabras, sin tener en cuenta que están en completa contradicción con sus actos. Hay un lenguaje que es de fórmula en los papas; vicarios *del príncipe de la paz* exhortan á los pueblos incesantemente á la paz. Estos sentimientos pacíficos, pregonados por Leon X, no le impidieron estar continuamente en guerra con sus vecinos, y tomar una parte activa en las luchas de la Francia y de la casa de Austria. ¿Quería verdaderamente el papa unir á los príncipes cristianos contra los infieles? Hemos dicho en otra parte que los incesantes llamamientos á la guerra santa que partían del Vaticano eran por lo regular una farsa. Leon X impuso una tregua general á la cristiandad para armarla contra los turcos; y ¿quién fué uno de los primeros en violarla? Él mismo (3). Los papas del siglo XVI no obraban ya como jefes del mundo cristiano; su política abraza-

(1) Véanse las pruebas en PRESCOTT, *History of Ferdinand and Isabella*, t. III, p. 231.

(2) ROSCOE, *Life of Leo the Tenth*, t. III, p. 323, 325, edic. de Heidelberg.

(3) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

ba, á lo más, los intereses temporales de la Santa Sede. Lo mismo sucedió con Leon X. Dudamos mucho que haya pensado jamás en una balanza de poder, que hubiese asegurado la libertad de todos los Estados. *Guicciardini*, su contemporáneo, nos enseña que su ambición, como jefe de la Iglesia, era conservar las conquistas de Julio II, Parma y Plasencia, y que deseaba también la posesión de Ferrara (1). Su ambición, como jefe de la familia de los Médicis, era bastante mayor: quería elevar á su hermano Julio al trono de Nápoles y reservar la Toscana, reuniéndole los ducados de Ferrara y de Urbino, para su sobrino (2). Vamos á ver si en sus relaciones con Carlos V y Francisco I, pensaba en ser el libertador de Italia.

La Italia era el teatro de la lucha entre dos rivales; Francisco I reivindicaba á Milan como herencia suya, y Carlos V ocupaba el reino de Nápoles. *Guicciardini* dice que el emperador y el rey de Francia hicieron cuanto pudieron por atraer cada cual al papa á su partido; señor de Roma y reinando en Florencia por su familia, podía, aliándose con el uno ó con el otro, arrojar, sea á los franceses, sea á los españoles, de Italia; pero podía también, dice el historiador italiano, conservar la paz observando una exacta neutralidad. *Guicciardini* añade, y la cosa es evidente, que tal era la política recomendada al papa por el interés de la Santa Sede; en efecto, aliándose á uno de los dos monarcas, le daba una preponderancia que comprometía la independencia de los Estados romanos y la autoridad de los Médicis en Florencia. Sin embargo, este último partido es el que tomó Leon X; le vemos aliado tan pronto con Carlos V como con Francisco I, no por conservar la balanza entre los dos reyes que se disputaban la Italia, sino para arrojar al uno de ellos, lo cual conducía necesariamente á hacer al otro señor absoluto. ¿Cuál era el móvil de Leon X en aquellos cambios de alianza? No tuvo jamás otro que el engrandecimiento de los Estados romanos y de su familia.

Cuando Francisco I quiso conquistar el Milanesado, que Luis XII

(1) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, lib. XIV, c. 1.

(2) ROSCOE, *History of Leo the Tenth*, t. II, p. 167-171.—ZORZI, *Relazione*, en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 11.

había perdido, se formó una liga contra él, y encontramos al papa entre los coaligados. La batalla de Marignan rompió la coalición. Se había creído, el primer día, en la victoria de los suizos, y ya Leon X la había celebrado con fuegos artificiales. Cuando al día siguiente supo que el rey de Francia era el vencedor, cambió inmediatamente de alianza, y trató de aprovechar la amistad del vencedor. Obtuvo primeramente el famoso concordato, que anuló la pragmática sanción, tan odiosa á la corte de Roma; además decidió á Francisco I á conservar los Médicis en Florencia y á despojar al duque de Urbino en favor de un sobrino del papa. Pero á pesar de las instancias del Santo Padre, el rey se negó á devolverle Parma y Plasencia; esto era herir á su nuevo aliado en su ambición de príncipe. Leon X se dió por agraviado, y quedó enemigo de Francisco I, aunque en apariencia su aliado. Apenas había firmado la paz y la alianza con el vencedor de Marignan, cuando tomó parte, secretamente, en la liga de España, de Inglaterra y de Maximiliano para el restablecimiento de Sforza en el trono de Milan. Cuando Maximiliano descendió á Italia, Leon X estaba pronto á hacer traición al rey de Francia; pero habiéndose decidido la victoria por las armas francesas, envió al vencedor los socorros que se había comprometido á suministrar contra él; Francisco I aceptó el dinero, pero diciendo que, como la alianza del papa le era inútil durante la guerra, haría con él un tratado que no tendría valor más que durante la paz.

Francisco I era vencedor, y en Roma se ha profesado siempre la opinión de Brenno: ¡Viva el vencedor! ¡Ay de los vencidos! El cardenal Rivera escribió á la madre del rey de parte de Leon X: «El papa quiere vivir y morir en la verdadera union y el perfecto amor que tiene hácia el rey y hácia vos.» ¡Qué tierna amistad! Veamos los resultados de aquel profundo afecto. Los dos aliados hicieron un tratado para la conquista del reino de Nápoles; una mitad debía volver á la Francia, y la otra á la Santa Sede. Repartirse un reino ántes de tenerlo, era repartirse la piel del león. Así lo conoció Leon X: verdadero Médicis, sabía calcular como un comerciante los beneficios que prometía una empresa. Creyó que sería más ventajoso entenderse con Carlos V. El papa, que acababa de protestar que sería siempre amigo de Francisco I, que

acababa de firmar una alianza para la expulsión de Carlos V, celebró un nuevo tratado con Carlos V para la expulsión de su aliado el rey de Francia. ¿Tenía siquiera esta política de tramposo la excusa del interés general? El emperador le restituyó Parma y Plasencia, le prometió su apoyo para el ducado de Ferrara, concedió á su sobrino una fundación territorial en el reino de Nápoles. Hé aquí las ventajas presentes que el avaro Médicis prefirió á los beneficios muy problemáticos de la alianza francesa. Sin embargo, aparentemente siguió siendo el aliado de Francisco I. No se limitó á hacerle traición; se comprometió hasta á excomulgarle y á poner la Francia en entredicho. ¿Por qué aquellos rayos? ¿Se había declarado luterano Francisco I? ¿Quería ocasionar un cisma? No había dejado de ser el rey cristianísimo, pero el emperador y Enrique VIII se habían coaligado para desmembrar la Francia; Leon X, metido en la liga, y no pudiendo dar dinero ni soldados, ofreció sus armas espirituales contra el enemigo común (1).

Esto da la medida de las miras políticas de Leon X, y de su carácter moral. ¿Hay que preguntar todavía si el papa se proponía librar á la Italia de los Bárbaros? Verdad es que dominaba en él el odio á la Francia, á pesar de sus protestas de amistad eterna; un embajador veneciano lo había hecho notar (2), y tenemos una prueba auténtica en los tratados. Enemigo de la Francia, se veía obligado á ser partidario de la España: ahora bien, la preponderancia de Carlos V era más peligrosa para la Italia que la de la Francia, porque era bastante más seria y más estable. El último tratado firmado por Leon X, si hubiese podido ser cumplido, hubiera conducido á la monarquía universal de la casa de Austria. Y en este caso, ¿qué hubiera sido de la dominación temporal de la Santa Sede? El papa era tan poco previsor en su egoísmo como el rey de Inglaterra. Uno y otro hubieran podido ser los guardadores del equilibrio, mientras que uno y otro lo sacrificaban á su ambición, sin pensar que el engrandecimiento de ese poder que

(1) Véanse las pruebas en GUICCIARDINI, ROSCOE, RANKE y MIGNET.

(2) GRADENIGO dice que si Leon X había parecido muchas veces inclinarse hácia la Francia, era por pura hipocresía: «*Fenzeva esser amico del re di Francia.*» (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 16.)

codiciaban con tanto afán no tenía garantía alguna de duración si la casa de Austria llegaba á reinar sobre la mayor parte de Europa. Leon X era más culpable aún que Enrique VIII, porque sacrificaba la independencia de la Iglesia y el interés de la religión á la grandeza temporal de la Santa Sede y de su familia; y para alcanzar el fin de aquella mezquina política, no dudaba en traficar con su poder espiritual. No veía que al hacer un abuso tan escandaloso de su pretendido derecho divino, comprometía la existencia del pontificado.

II.

Adriano VI era un papa sincero que no miraba más que por el interés general de la cristiandad. ¿Por qué, pues en lugar de exaltarle como á Leon X, los historiadores ultramontanos le tratan casi de imbecil? Porque padeció un error imperdonable á los ojos de los altos dignatarios de la Iglesia; confesó los abusos que manchaban á la corte romana, y prometió corregirlos. El papa quería hacer una reforma legal para contener la revolución religiosa que sublevaba á la Alemania; fracasó ante la sorda oposición de los ortodoxos, que querían las exacciones porque les aprovechaban. Adriano VI quería también, y con sinceridad, la paz entre los príncipes cristianos, á fin de unirlos contra los infieles; pero la cruzada era tan imposible como la regeneración de la Iglesia. El papa impuso una tregua á las partes beligerantes y amenazó con las censuras eclesiásticas á los que se resistiesen á ella; Francisco I se negó á consentir en una tregua que consagraba su desposesión; á las amenazas contestó con amenazas, recordando lo que había pasado en el siglo XIV: «Bonifacio VIII la emprendió contra Felipe el Hermoso y le salió mal; pensad en ello por prudencia.» El papa no se atrevió á lanzar sus rayos; fracasó en su tentativa de paz, como había fracasado en su ensayo de reforma. Enrique VIII y Carlos V se coaligaron contra Francisco I, é invitaron á Adriano VI á que accediese á ello. Nada más contrario al papel de un padre común de los fieles; pero la fuerza de las cosas arrastró al débil pontífice. Se formó una formidable coalición con-

tra la Francia; comprendía todos los Estados italianos y las principales potencias de Europa. Los jefes de la liga pensaban nada menos que en desmembrar la Francia, lo cual hubiera conducido infaliblemente á la monarquía universal de la España (1). Hé aquí una vez más al pontificado cómplice de una coalición que hubiera puesto el mundo cristiano en manos de un hombre, y comprometido, no solamente la independencia temporal, sino también el poder espiritual de la Santa Sede.

III.

La verdadera política de los papas hubiese sido lanzar de Italia á los dos rivales, pero no tenían fuerza para ello. De aquí resultó que eran juguete de los acontecimientos, que tan pronto los acercaban á Carlos V como á Francisco I. Clemente VII, de la familia de los Médicis, había sido, como cardenal, partidario de la alianza española; apenas sentado en el trono de San Pedro, se inclinó á la Francia. ¿Cuál fué la causa de este cambio de política? Un miserable deseo de engrandecimiento. El duque de Ferrara, cuyos Estados codiciaban los papas, se había apoderado de Reggio, después de la muerte de Leon X. Clemente VII quería que Carlos V volviese ante todo sus armas contra el duque; el emperador, que estaba entonces completamente entregado á sus grandes designios contra la Francia, se negó: de aquí un profundo descontento del papa (2). Tal fué el primer origen de la desavenencia de Clemente VII y de Carlos V. Cuando después de la batalla de Pavía, el Soberano Pontífice rompió definitivamente con el emperador, no dejó de invocar la libertad de la Europa y la independencia de Italia (3), amenazadas por el omnipotente vencedor. ¿Debemos tomar en serio estas palabras del

(1) MIGNET, *Rivalidad de Carlos V y de Francisco I.*

(2) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. II, p. 333 y sig.

(3) Breve de Clemente VII contra Carlos V, en LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. II, p. 245: «*Ut impendens Italia grave servitutis periculum ac turbationem universae christianitatis, quantum in nobis est, propulsemus.*»

manifiesto pontificio, y celebrar á Clemente VII como continuador de la política de Julio II?

Un historiador alemán dice que los papas no podían ayudar á la dominacion de los españoles en Milan y en Nápoles; que ya éstos mostraban la insolencia de un señor extranjero, y no ocultaban la poca consideracion que tenían á la Santa Sede; que la victoria de Pavía, librándolos de una peligrosa rivalidad, iba á colocar á la Italia bajo la dependencia absoluta de los vencedores; que Clemente VII queria sacudir este yugo, sin caer por esto bajo el de la Francia (1). Indudablemente, el interes de la Santa Sede exigia esta política, y Clemente VII, espíritu sutil y sagaz, debia ver lo que, por lo demás, era claro como el día. Pero, si el papa tenía sutileza, carecia de grandeza; era, dice un enviado veneciano, un Médicis, tímido hasta la pusilanimidad, irresoluto, variable, y que no se decidía más que por consideraciones mezquinas; una naturaleza de comerciante, de tendero (2). El interes territorial de la Santa Sede, el interes de la casa Médicis pesaban más en su ánimo que la libertad de Europa y la independencia de Italia. Si alguna vez hubiera debido preocuparse el papa por la Italia y por la cristiandad, era cuando Carlos V, vencedor en Pavía, tenía prisionero á Francisco I. Sin embargo, Clemente trató con el emperador; únicamente cuando éste se negó á dar satisfaccion al Santo Padre en cuanto al ducado de Ferrara, pensó Clemente en el equilibrio y en la libertad de Italia (3). Estas grandes palabras pierden su sentido en labios del papa; significan, no ya que la corte de Roma se interesa por la salvacion de Europa, sino que su miserable ambicion se encuentra lastimada. ¿Se quiere una prueba bien evidente de esta pequeñez de espíritu? Roma fué tomada por el ejército del emperador, y saqueada como no habia sido por los bárbaros. Carlos V, aunque protestando de

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 100-104.

(2) SORIANO, *Relazione* (1531), en ALBERI, II, 3, 278: « Sua Santità è dotata di non ordinaria timidità, per non dir pusillanimità... Questa timidità è causa che sua santità è molto irresoluta è molto tarda a risolversi, e seppur si risolve, è molto facile a mutarsi, non già per così di momento ma piuttosto per causa vile e di poco momento. »

(3) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 336, 337.

su inocencia, retuvo al papa en cautividad durante seis meses. Comprendemos que Clemente haya tratado con su hipócrita vencedor bajo la fuerza de la necesidad; pero fué más léjos, solicitó y obtuvo el apoyo de Carlos V para volver á someter á Florencia al yugo de los Médicis; vióse á aquel ejército de herejes y de descreídos, que habia saqueado á Roma, profanado los misterios de la religion y tenido al papa prisionero, sitiar á Florencia á petición del papa y dar el golpe de gracia á lo que quedaba de libertad en Italia (1).

Hé aquí cómo fué Clemente VII libertador de su patria. Dícese que queria libertar á la Italia de la servidumbre extranjera. En boca de los papas, este gran proyecto era un pretexto y una mentira; en boca de los historiadores que creen en sus palabras es la credulidad llevada hasta la candidez. ¡ Poco importaba al papa que la Italia fuese esclava, con tal que la casa de Médicis reinase en Florencia! Sin embargo, el papa acabó por acercarse de nuevo á Francisco I. Las razones que le alejaron de Carlos V son características, y prueban que el enviado veneciano Soriano no le juzgó con demasiada severidad al decir que se determinaba siempre por motivos viles é indignos de un papa. Primer agravio; el emperador resolvió las cuestiones territoriales que existian entre la Santa Sede y Ferrara, en favor del duque. Segundo agravio (2); el emperador tenía la ambicion de restablecer la unidad cristiana; creia poder volver á traer á los protestantes al seno de la Iglesia por medio de un concilio que les diera satisfaccion corrigiendo los abusos. Clemente VII, que temia bastante más al concilio que á Lutero, buscó en la alianza de Francisco I un apoyo contra las importunas instancias de Carlos V. ¡ Hé aquí unos motivos verdaderamente dignos de un vicario de Dios! Francisco I, que tenía gran interes en separar al papa de la alianza española, le hizo cuantas concesiones deseaba; llegó hasta consentir en una union de familia que debia colocar á una Médicis sobre el primer trono de la cristiandad. Pero el papa pagó caro este honor y esta proteccion; prometió á los futuros esposos la posesion de Pisa, de

(1) CONTARINI, *Relazione*, en ALBERI, II, 3, 266.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 110 y sig.

Livorna, de Parma, de Plasencia, de Módena y de Regio; hasta se pretende, y es muy probable, que tuvo compromisos respecto de Milan y de Nápoles (1). Así, pues, por librarse de la dominación española, y á fin de procurar un brillante matrimonio á su sobrina, Clemente VII desmembraba la Italia y la entregaba á la Francia! Hé aquí el patriotismo del papa que habia enarbolado la bandera de la independencia italiana.

IV.

Leon X y Clemente VII eran más bien príncipes que papas; tenían, lo mismo que los reyes, un deseo inmoderado de engrandecerse. Con Pablo III, entramos en la época de la reacción católica. ¿Va por eso á cambiar la política de los papas? ¿Van á elevarse á la altura de los pontífices de la Edad Media, ya que no por la extensión de su poder, al ménos por la grandeza de sus miras? El embajador de Francia en Venecia escribe á Enrique II (1547) que « todos los designios de Pablo III no tendían más que á aumentar y perpetuar su casa » (2); y el historiador más grande del siglo XVI dice que los intereses de su familia ocupaban al papa bastante más que los de la Santa Sede (3). Por más que el nepotismo fuese considerado casi como un deber por aquellos que se atrevían á llamarse los vicarios de Cristo, los contemporáneos creyeron que Pablo III excedió á todos los límites del favoritismo (4).

Empezó por elevar á dos de sus sobrinos, muy jóvenes todavía, al cardenalato; habiéndoselo criticado el emperador, contestó el papa que él hacía lo mismo que sus predecesores; que habia ejemplos de cardenales que eran archipámpanos en mantillas. Las dignidades eclesiásticas no bastaron á la ambición paternal de Pablo III; quiso que su hijo y sus sobrinos fuesen príncipes. Había casado á su hijo Farnesio con la hija natural de Carlos V; pidió al emperador que le invistiese con el ducado de Milan; contaba con casar á su sobrina con el heredero presunto del Piamonte y de la

(1) SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. I, p. 125.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. II, p. 19.

(3) DE THOU, *Historia universal*, lib. VI.

(4) SORIANO, *Relazione*, 1535: « *E inclinatisimo a far grandi i suoi.* »

Saboya. El Santo Padre intrigaba en todas las córtes de Italia á fin de establecer á sus parientes (1).

Pablo III es el primer papa de la reacción; pensaba seriamente, según se dice, en reformar la Iglesia. ¿Cómo conciliar aquel celo reformador con un nepotismo que los italianos mismos consideraban excesivo? Los ultramontanos salen de ordinario de la dificultad negando. Aquí los hechos son demasiado patentes para permitir semejante sistema de defensa; Pallavicini confiesa, pues, que el papa, tan severo para los demás, era demasiado indulgente para los suyos; pero hace una ruda guerra á Sarpi, porque el ilustre historiador dice que Pablo III pidió la investidura de Milan para su sobrino Farnesio: « ¿Cómo creer, dice, que Pablo III se hubiera atrevido á escribir al emperador las cartas que poseemos, si realmente le habia rogado que invistiese á Farnesio con el milanesado? Sería preciso que hubiese sido un hipócrita desvergonzado » (2). La apología se ha vuelto contra el papa; el hecho, tan audazmente negado, es cierto; preciso es decir, pues, con el defensor de la córte de Roma que Pablo III era un hipócrita rematado (3).

Sin embargo, Pablo III era un celoso. Bajo su reinado tomó las armas Carlos V contra los protestantes, y las excitaciones del papa entraron por mucho en aquella primera guerra de religión. El santo padre envió tropas auxiliares al emperador, y trató de comprometer á todas las potencias católicas en una lucha á muerte contra el protestantismo. Carlos V venció. ¿Quién no habia de esperar ver al papa redoblar sus esfuerzos para aniquilar la Reforma? Pablo III llamó, por el contrario, á sus tropas de Alemania y consintió en que pasasen á sueldo de Francisco I. Se sintió súbitamente poseído de una gran pasión por la Francia. « Yo he leído, dice al cardenal de Guisa, en libros antiguos, he oído decir cuando era cardenal, y he visto por la experiencia, desde que soy papa, que siempre la Santa Sede ha estado floreciente, cuando se ha apoyado en los reyes de Francia, y que cuando ha hecho lo

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 244, 252, 254.

(2) « *Simulatione sfacciata.* » (PALLAVICINI, *Istoria del Concilio Tridentino*, lib. V, c. 14.)

(3) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2.^a p. 48.

contrario, habia menguado y toda la Italia sufrido grandes pérdidas. No perdono al papa Leon el haber puesto al emperador en el reino de Nápoles y ducado de Milan, y ayudado á arrojar de allí á los franceses.... *Me censuro á mí mismo por haber ayudado al emperador en su guerra contra los protestantes de Alemania* (1). Hé aquí, pues, al celoso papa que hace votos secretos por la causa del protestantismo. No se detuvo en tan buen camino. Pablo III quiso una alianza cada vez más íntima con la Francia; se pensó en volver á modificar el mapa de Italia, se renovaron los proyectos sobre Milan y Nápoles, se excitó á una revolucion en Génova. Se necesitaban aliados para tan grandes empresas. El santo padre no veía ningún mal en que el rey de Francia se coaligase con el sultán para la conquista de Nápoles, y á fin de no verse comprometido en una guerra con Inglaterra, le aconsejó que hiciese la paz con el joven Eduardo; es verdad que era protestante, pero se trataba del *bien público de la cristiandad*, y el fin ¿no justifica los medios? (2).

Como se ve, caben transacciones con el celo religioso. ¿Por qué Pablo III pasó súbitamente de la alianza española á la alianza francesa? ¿de una guerra á muerte contra los protestantes á desear su triunfo? ¿del odio hácia los infieles á una liga con los enemigos del nombre cristiano? Dicese que los triunfos rápidos, alcanzados por Carlos V contra los príncipes alemanes hicieron temer al papa la dominacion de España en Italia; pero aliándose con el emperador contra el protestantismo, suministrándole soldados y dinero, bien podia esperar la victoria de las armas católicas. Nosotros creemos que motivos más personales le determinaron á cambiar de alianza. Carlos V se negó á investir á Farnesio con el Milanesado; de aquí la cólera de Pablo III contra España y su pasión por Francia. El papa no tuvo el valor de poner en práctica sus designios; murió del disgusto que le dieron sus sobrinos, por quienes lo habia sacrificado todo. Habiendo agregado Pablo III Parma á los Estados de la Iglesia, sus sobrinos se creyeron robados y se sublevaron; su ingratitude destruyó el corazón del anciano pontífice.

(1) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 75.

(2) *IBID.*, t. II, p. 117.—RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 265-268.

V.

No se puede hablar en serio de Julio III; el cardenal Farnesio escribe al rey de Francia: «Tres cosas le faltan al santo padre, valor, dinero y reputacion; me da lástima ver á la Santa Sede gobernada de esta manera» (1). ¿Julio III fué español ó frances? Empleó el lenguaje de todos los vicarios de Cristo; escribió á Carlos V y á Enrique II, escribió á la reina de Francia y al condestable de Montmorency, escribió á Felipe de España, á fin de restablecer la paz en la cristiandad (2); ¡vanas frases, en las cuales ni el papa mismo creía! En sus conversaciones íntimas se mostraba favorable á la Francia. «Bien hubiera querido, decia, que el rey cristianísimo tuviese un pié seguro en Italia, porque en él encontraría un apoyo cuando algun rey de Nápoles, ó otro cualquiera, quisiese darle algun disgusto; la grandeza de Carlos V, añadía, no era más que la disminucion del Estado y poder eclesiástico» (3). He aquí las palabras, veamos las obras.

Julio III queria quitar Parma á los Farnesios, sus enemigos, para agregarla á los Estados de la Iglesia; olvidó sus predilecciones francesas y se coaligó con Carlos V, no tanto por ambicion como por deseo de venganza. Como le manifestase el cardenal de Tournon «que tal vez encendiera en Italia un fuego que difícilmente se podria extinguir», el Santo Padre respondió que habia pensado en todo, y que, sucediera lo que quisiera, *antes se aliaría con el enemigo infernal, que retroceder.*»; He aquí unos sentimientos dignos de un vicario de Cristo! El rey de Francia, aliado de los Farnesios se quejó vivamente á Julio III: «En lugar de poner en paz la cristiandad, ha preferido tomar las armas y abrasar en guerras toda la Italia.... Todo príncipe católico debe tener en ello un dolor y un sentimiento, y más aún al ver que el tesoro y las rentas de la Iglesia, que son los bienes destinados al

(1) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 531.

(2) RAYNALDI, *Annales ad. a.* 1553, números 19 y sig.

(3) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 542.